



Azorin

Viaje a Sevilla

Viaje a Sevilla, a la manera del "viaje sentimental" de Lawrence Sterne a París. ¡Eso quisiéramos nosotros! Sevilla es lo ineluctable: no se puede luchar en Sevilla contra lo indefinido; lo indefinido nos envuelve y nos oprime en Sevilla. Lo indefinido es un anhelo hacia algo que no sabemos, y una añoranza de algo que no hemos visto. En Sevilla, una callejita formada, a un lado, por una larga tapia, de la que sobresale la verde copa de un árbol, y a otro, por una fila de casas humildes. Se abre una puerta y trasponemos los umbrales con pasos atentados: estamos en un patizuelo empedrado de menudos guijos blancos, y al fondo se ve una escalera. En lo alto de sus peldaños, otra puerta nos franquea un blanco ámbito. Todo está limpio y gozamos de un profundo silencio. Entra María Antonia, cuando estamos más abstraídos, y de una cestita de mimbrres saca un pan, un pan de Alcalá de Guadaíra, que coloca calladamente sobre un tablero de pino, en que nosotros habíamos puesto el reloj. El tiempo no lo necesitamos en Sevilla; como el reloj es uno de los toscos y antiguos de níquel, en este silencio en que estamos María Antonia y yo, resuena en la estancia su tic-tac, María Antonia está sentada frente a mí y tiene las manos, una sobre otra, puestas en las rodillas. Se llama María Antonia, como la sevillana María Antonia, reina consorte en Cerdeña, hija de Felipe V. Y como una de las mujeres de Fernando VII. Y también como la infeliz mujer de Luis XVI, María Antonia y no María Antonieta, decapitada en la plaza de la Concordia y enterrada no lejos, en el cementerio, en pleno París, lo hemos tenido constantemente ante la vista más de un año; vivíamos enfrente.

-¡Ah, María Antonia, María Antonia la sevillana! Has pasado ya de la juventud; tus modales son reposados y tus palabras, parcas y discretas. Tienes en orden y reluciente toda tu casa; mi pensamiento, en estas horas, va de la espiritualidad de París a lo indefinido de Sevilla: las dos sensaciones son supremas. Hay en ti, María Antonia, un cruce misterioso de diversas civilizaciones. Tu cara es morena, con un ligero color ambarino; son negros tus ojos, como tu pelo, y en el óvalo de tu faz resaltan la nariz un

poco adunca y los labios carnosos. No sonrías: tu sosiego, ahora, con las manos colocadas una sobre otra, en este ámbito blanco y silencioso, es una lección insuperable. Lo indefinido de Sevilla me oprime en estos momentos más que nunca. No tengo ya noción del tiempo: el reloj, junto al pan que has puesto en el tablero de pino marca su hora y hace sonar su tic-tac; recuerdo yo, a su vista, preocupado como he estado siempre con el tiempo, todos los que a lo largo de los años han introducido mejoras en el mecanismo del reloj, desde el doctor Hocke hasta Barlowe, inventor de los relojes de repetición. ¿Y para qué he de necesitar yo el tiempo en Sevilla? En Sevilla las horas se evanescen volando. No vuelvas a sonreír, María Antonia. Estoy ahora en Sevilla y estoy en París con la nostalgia y el anhelo que en Sevilla me sobrecogen.

Cervantes y Valdés Leal condensan cada uno a su modo, el espíritu de Sevilla: el realismo de Valdés Leal es tan ineluctable como el idealismo de Cervantes. No estamos ya en el ámbito blanco en que reposa el pan a par del reloj, sino en un patio que Cervantes pone empeño en que nos dé la sensación de suma limpieza. Cervantes dice que parecía verter carmín de lo más fino su enladrillado. Las gentes que aquí se congregan, hombres y mujeres, han podido escapar a la ley penal: no pueden sustraerse al ambiente señorial de Sevilla. Tienen sus ordenanzas y las observan fielmente: son respetuosos con el jefe que los preside y cumplen estrictamente sus promesas. Si no se puede ir más allá de Valdés Leal, no se puede tampoco ir concretamente, definitivamente, más allá de aquellos relatos de Cervantes, como este del patio, que quedan en suspenso. La sensación más honda que Cervantes da la ofrece en esas narraciones en que no acaba nada: esta del patio sevillano, la del licenciado Vidriera y la del cautivo, incluida en el Quijote. ¿Qué ha pasado después, transcurridos años y años? ¿Qué fin han tenido todos estos personajes? ¿Y por qué Cervantes deja en suspenso lo que todos deseamos saber? Lo indefinido sevillano nos aprisiona. Tomás Rueda, el licenciado Vidriera, se marchó de España; los dos mozuelos que hemos conocido en una venta y que hemos vuelto a ver en el patio sevillano, han desaparecido también. Termina la narración y no volvemos, naturalmente, a saber más de ellos.

Vueltos al ámbito encalado de blanco, en la casa de María Antonia, nos tornamos a sentar. No hemos hecho nada en Sevilla y lo hemos hecho todo; no hemos visto nada y todo lo hemos visto. Sevilla, con su anhelo hacia lo que no conocemos y su añoranza por lo que ignoramos, ha entrado en nosotros.

-¡Ah, María Antonia! Tu sosiego lo quisiéramos nosotros, febricitantes artistas, para nuestras creaciones. Y tus palabras discretas, sin prurito de ingenio, claras y sencillas, las ambicionamos para nuestra prosa. María Antonia, en estos momentos de profundo y grato silencio, el pensamiento va del realismo extremado de Valdés Leal a la idealidad de Cervantes, también absoluta. Hemos perdido en Sevilla la noción del tiempo, y en vano el reloj, el tosco reloj de níquel, que suena reciamente, produce para nosotros su incesable tic-tac.

Azorín

ABC, 12 de septiembre de 1943

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

